Richard Sennette, *La cultura del nuevo capitalismo*, 2006, Barcelona, Anagrama, 185 p.

Este libro surge de las conferencias que Sennette¹ pronunció en el año 2004 en la Universidad de Yale, para el curso de ética, política y economía conocido como Castle Lectures. En virtud de que la propia universidad le solicitó una panorámica de la totalidad de su investigación, el libro tiene la virtud de presentar las ideas centrales del autor en torno a la cultura de la sociedad capitalista actual.

A pesar de la índole norteamericana de su investigación, los cambios estructurales que describe no tienen fronteras nacionales. El fin del empleo de por vida no es un fenómeno únicamente estadounidense, por ejemplo.

Su investigación es de tipo etnográfica. Descansa en entrevistas que ha realizado a trabajadores tanto de clase obrera, documentadas en uno de sus primeros libros, *The hidden injuries of class*, como de sectores medios de industrias de alta tecnología, tema de su libro más conocido, *La corrosión del carácter*.

Los cambios que describe en este libro se refieren a los sectores punteros de la economía: alta tecnología, finanzas y empresas de servicios. Si bien la mayor parte de las personas, tanto en Estados Unidos como en Europa, no trabajan en estos sectores, el autor considera que la influencia cultural de este pequeño sector permea sobre toda la sociedad.

Inicia con la afirmación de que la historia cumplió una parte de las protestas estudiantiles de los años sesentas en los Estados Unidos. Para el autor, la *Declaración de Port Huron*, documento fundador del movimiento Students for a Democratic Society (SDS) de la nueva izquierda, atacaba por igual al socialismo de Estado y a las corporaciones empresariales: ambas

¹ Profesor de Sociología en la London School of Economics and Political Science, y de Humanidades en New York University.

RESEÑAS

representaban regímenes burocráticos. La historia cumplió este deseo. Los regímenes socialistas con planeación centralizada han desaparecido, al igual que la empresa que proveía empleo para toda la vida y suministraba productos año tras año. La generación de la nueva riqueza se ha producido en profunda conexión con la desarticulación de las rígidas burocracias gubernamentales y empresariales.

La parte que no se cumplió fue el deseo de crear comunidades a partir del desmantelamiento de estas instituciones. La fragmentación del Estado y de las empresas ha dejado una vida fragmentada en mucha gente. Ante ello el autor se pregunta, ¿qué valores y prácticas pueden mantener unidas a las personas cuando se fragmentan las instituciones en las que viven? Las virtudes de la comunidad en pequeña escala. Pero el problema de la cultura va más allá. Sólo un determinado tipo de seres humanos es capaz de prosperar en condiciones sociales de inestabilidad. Para lograrlo, de acuerdo al autor, se debe hacer frente a tres desafíos.

El primero tiene que ver con el tiempo. El capitalismo primitivo era en realidad demasiado primitivo como para sobrevivir social y políticamente. Se salvó de la revolución porque aplicó modelos militares de organización a las empresas. En un lapso de cien años, entre 1860 a 1970, las corporaciones aprendieron el arte de la estabilidad, que les aseguraba longevidad y empleos para todos. Cada quien tenía un lugar y cada lugar una función definida. En lo social se aplicó con un capitalismo social, con el Estado de bienestar que garantizaba educación, salud y jubilaciones para todos. El tiempo racionalizado permitió a las personas pensar en su vida como relato; no tanto qué ocurría, sino cómo debía ocurrir. Se podía planificar y tener una idea de lo que se podía esperar del futuro. El creciente poder que ha dado el proceso de globalización a los accionistas e inversionistas institucionales, que exigen una ganancia cada vez mayor y de corto plazo, así como los avances en la tecnología, han desafiado a la burocracia y al capitalismo social. Las nuevas instituciones se constituyen en torno a contratos de duración breve, reducción de niveles jerárquicos y una producción que no sigue una secuencia lineal como antaño. El énfasis se desplaza a tareas inmediatas y poco significativas. Se ha pasado de un tiempo de largo plazo, creciente y ante todo predecible, a un tiempo enfocado al corto plazo y a la incertidumbre. Las instituciones ya no proporcionan un marco de referencia. El individuo se ve obligado a improvisar en el curso de su vida. Tiene que actuar sin una conciencia de sí mismo y debe aprender a manejar relaciones inmediatas.

El segundo desafío se relaciona con el talento. Grandes cantidades de personas de las economías ricas quieren trabajo, pero no lo encuentran. A diferencia de antes, muchos de aquellos que están desempleados tienen formación profesional, pero el empleo al que aspiran ha migrado a un lugar del mundo en donde es más barato. La educación ha dejado de ser un factor para la movilidad social. El sistema de enseñanza culmina en una gran cantidad de jóvenes educados a los que es imposible dar empleo en los campos para los que han sido entrenados. Se requiere una cantidad relativamente reducida de personas educadas y con talento. Las personas deben aprender a desarrollar nuevas y diferentes habilidades. Los jóvenes tienen ventaja sobre los adultos; son más económicos y es más fácil reciclar sus conocimientos. Hay que renunciar al ideal del trabajo artesanal, es decir, no tiene sentido saber hacer muy bien una sola tarea. La artesanía, entendida como trabajo bien hecho por el cual sentimos orgullo, no encaja fácilmente en las instituciones del capitalismo flexible. No tiene sentido hacer algo bien por el mero hecho de hacerlo bien. En las instituciones basadas en transacciones de corto plazo y en constante cambio no hay lugar para la profundidad. Quien profundiza, da la idea de haber quedado fijo en una cosa y de no cambiar. La cultura moderna propone una idea de meritocracia que da más importancia a la potencia que a los logros del pasado. El talento se mide como capacidad potencial, es decir, habilidad de pasar de un problema a otro.

El tercero desafío implica la renuncia. El trabajo yo no es una posesión, ni tiene un contenido preciso. Las instituciones están sujetas a una continua reinvención. Gran parte de esta reestructuración se asemeja a una pasión que se autoconsume. El propio consumo también se ha convertido en una pasión que se autoconsume. Sentimos el deseo fuerte de tener una prenda determinada, pero al poco tiempo de comprarla y usarla nuestro interés por ella disminuye. La renuncia corresponde a un proceso de búsqueda de nuevos estímulos. El individuo debe tener una personalidad que descarte las experiencias vividas. Personalidad que se asemeja más a la del consumidor que siempre busca nuevas cosas.

En síntesis, un yo orientado al corto plazo, centrado en la capacidad potencial y con voluntad de abandonar las experiencias del pasado. Sin embargo, este tipo de ser humano no es frecuente. La mayor parte de las personas no son así. Necesitan de un relato que les sirva de sostén, se enorgullecen de su habilidad en algo concreto y valoran las experiencias del pasado. Por ello,

RESEÑAS

el ideal de cultura que requieren las nuevas instituciones es perjudicial para muchos individuos que viven en ellas.

A diferencia de los apóstoles del nuevo capitalismo que afirman que habrá más libertad en la sociedad moderna, Richard Sennette sostiene que los cambios no han liberado a la gente.

MIGUEL DEL CASTILLO NEGRETE

Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM